

3

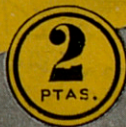
Una vida, UNA NOVELA

HEDY LAMARR

*El escándalo
la encumbró*

* * *

EXITOS Y
FRACASOS
EN SU VIDA
ARTISTICA
Y PRIVADA



ASI ES HEDY LAMARR

Cuando Hedy Lamarr trabajaba como simple «script-girl» en los estudios Sascha, el productor Szekely le dictó unas cartas. Ella las pasó a máquina y luego se las presentó para que las firmara. Szekely, después de echarles un vistazo, exclamó horrorizado:

—¿Es que no se ha tomado usted la molestia de leer estas cartas antes de presentármelas?

Hedy buscó desesperadamente durante unos segundos la manera de disculpar sus escasas cualidades de mecanógrafa, pero acabó encogiéndose de hombros y diciendo:

—¡Oh, no! Pensé que eran confidenciales.

Szekely, que poseía el sentido del humor, no tuvo más remedio que sonreír ante tal respuesta.

Este fué el productor que, poco después, ofreció a Hedy la primera oportunidad de aparecer en una película.



HEDY LAMARR

UNA VIDA, UNA NOVELA

HEDY LAMARR

- ♦ *La historia de una muchacha que escandalizó al mundo entero y asustó a Hollywood.*
- ♦ *Un destino extrañamente truncado cuando parecía haber llegado a su punto culminante.*
- ♦ *Una reina de la belleza que no ha conseguido alcanzar la felicidad ni consevar la fortuna.*

Volumen n.º 3
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

*Derechos reservados
Copyright by Ediciones
Cinematográficas, Spain.*

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS
RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

EN Viena, la ciudad de la música de fin de siglo, llena de elegancia y de sprit, que guarda en sus mágicas y alegres calles todo el encanto de una ciudad romántica en la que el Danubio se hace más azul y más cantarino, nació hace treinta y seis años una niña a la que se llamó Hedwig Kiesler. Era hija de padres burgueses y su existencia discurría normal y apacible como la de cualquier otra muchacha de su condición. Su padre, con un alto cargo en un Banco, se miraba en el espejo de los ojos de Hedwig, la chiquilla que crecía tierna y fragante con todo el espíritu de ciudad centroeuropea, mezcla y cruce de culturas superiores. La niña, de una belleza extraordinariamente perfecta, llevaba dentro de sí la idea de la estética que se configuraba en una gran afición por el dibujo.

Apenas si Hedwig había tenido tiempo de asomarse a la vida; todavía en su imaginación flotaban cuentos fantásticos en el ambiente cómodo y fácil que se le ofrecía, cuando ella, por no sé qué fuerza oculta, comenzó a soñar con otra existencia distinta y difícil, llena de mentiras y fingimientos, extraña y atrayente. La jovencita de quince años soñaba y quiso hacer su sueño realidad.

Un buen día se presentó decidida en los estudios «Sascha» de Viena y llamó a la puerta del cine por primera vez:

—Quisiera un empleo. No me importa que sea modesto.

—Bien. Es una lástima que no haya estudiado arte dramático. La verdad es que sus facciones son extraordinariamente correctas y promete ser una mujer bellísima, pero tendrá que conformarse si quiere trabajar aquí, con el empleo de «scrip-girl». ¿Quiere saber las condiciones?

A Hedwig le extrañó la pregunta. Había quedado fascinada por el mundo que se abría ante ella y para la mujercita que ya tanto había soñado con entrar y vivir en el interior de los Estudios, las condiciones contaban poco.

—Será un sueldo muy reducido...

Algo así recordaba más tarde haber escuchado del hombre que la había recibido en mangas de camisa y con un puro en la comisura de los labios. Hedwig sonrió y aceptó sin ningún comentario.

Ella iba más lejos en sus sueños; el curso del Danubio era largo y no acababa en Viena; su vida se asemejaría un poco a aquel río lleno de personalidad y de fantasía, perfecto como ella, que avanzaba siempre a un más allá. Aquello era el comienzo y Hedwig sabía ser paciente y tenaz. Necesitaba el empleo de «script girl», porque era preciso empezar de alguna manera.

De regreso a su casa, después de haber recibido instrucciones para ir a trabajar al día siguiente, la sonrisa continuaba en sus labios y sus ojos claros y soñadores miraban al infinito. Se forjaba un

plan, era bien sencillo: usaría su puesto como trampolín que la impulsase por un resorte desconocido hacia otro plano y otra faceta dentro de la vida de los Estudios; las cámaras recogerían su esfuerzo y llegaría a ser estrella de cine.

Hedwig Kiesler empezó su trabajo con entusiasmo y sencillez; estaba rodeada de productores y directores importantes. Poco a poco se vinculaba a ellos, que no podían evitar el mirar con interés a aquella muchacha de belleza prodigiosa que se movía silenciosamente a su alrededor con un block y un lápiz en la mano. Ella supo aprovechar la oportunidad y con decisión se dirigió a Wilhelm Szekeley, destacado y famoso productor.

Hedwig se presentó con un discreto vestido y con la misma sencillez con que aparecía todos los días para cumplir su obligación de «script-girl». Le habló de sus aspiraciones con modestia, pero segura y firme.

—Quisiera llegar a trabajar en el cine.

Szekeley quedó algo sorprendido de las pretensiones de su empleada. Sin embargo, la miró detenidamente y estudió con interés sus posibilidades ante la cámara.

—Puede intentarse, Hedwig, pero no en estas condiciones. Sacas poco partido de ti misma: es preciso que te arregles mejor; cambia de peinado, usa maquillaje y ve a un buen modisto. Después ven a verme y hablaremos de nuevo.

Hedwig volvió a dibujar su fascinante sonrisa, decidida a poner en práctica el consejo que se le había dado.

Días después, la puerta del despacho del pro-

ductor Wilhelm Szekely se abrió ante una maravillosa mujer de belleza serena que sorprendió agradablemente al productor. Szekely estaba entusiasmado; la elegancia de la muchacha la revestía de un sex-appeal de mujer exquisita. El productor no daba crédito a lo que veía.

—Era preciso este retoque. Tú has tenido la suerte de traer contigo desde la cuna el noventa por ciento de lo que se necesita para ser estrella; cuerpo, rostro, piel, ojos y cabello; pero el diez por ciento que han dejado sobre ti los modistos, peluqueros y maquilladores hacen resaltar con todo su esplendor tus encantos. Los focos harán milagros, Hedwig; tu belleza asombrará al mundo.

—¿Qué debo hacer ahora?

—Conservar con todo interés el aspecto que tienes en este momento; adiestrate en todo lo que sirva para que no se apague esta hermosura que ahora emana de toda ti.

Hedwig adquirió con facilidad las nociones necesarias de elegancia: se peinó y maquilló como si fuera ya una estrella consagrada.

Szekely hizo las primeras pruebas y le dio un pequeño papel en «Tormenta en un vaso de agua».

Por su belleza había logrado aparecer ante las cámaras y los productores admiraron con entusiasmo su magnífica perfección. Después, filmó «Los bailes del señor Reneski».

Apenas había transcurrido un año de su iniciación como estrella; Hedwig Kiesler no había cumplido todavía los dieciséis años cuando Gustav Machaty, el gran artista checo de la cámara, quiso hacerla filmar el principal papel femenino

de una película que en un principio se llamó «Sinfonía del amor». En la película, la actriz debía de aparecer desnuda. El film, al principio no tuvo resonancia de escándalo. En Austria se tomó desde el punto de vista artístico y no se hicieron comentarios sobre ello. Llegó «Sinfonía del amor» a Roma y se le concedió un gran premio en un festival cinematográfico. Los desnudos se comentaron y poco a poco fué fomentándose el escándalo. Las censuras atacaron el film, que empezó a llamarse «Extasis», y en todos los diarios y revistas del mundo se escribían artículos picantes sobre esa Hedwig Kiesler que aparecía desnuda en la pantalla. Gustav Machaty se defendía con energía y para ello no dudaba en descargar toda la responsabilidad sobre la actriz.

—Hedwig accedió a filmar la película y guardó el contrato firmado por ella.

La actriz se sentía humillada y confusa en un principio. Se consideraba engañada y estaba avergonzada de aquellas escenas.

La tormenta pasó y la fama era ya una realidad para la artista vienesa. Lo que en un principio fuera una humillación, había llegado a ser su mejor propaganda; el triunfo obtenido le había embargado y llegó a sentirse complacida por ello. Fué contratada en seguida para el papel de protagonista de «Siccy» y la celebridad la subyugó por completo; los admiradores se multiplicaban, ansiosos de conocerla, y entre ellos se destacó pronto Fritz Mandl.

Mandl era un hombre dotado de una poderosa personalidad y una fantástica determinación. Ha-

bía conseguido una de las fortunas más fabulosas del mundo construyendo armamentos, y la belleza de la estrella le deslumbró. Sus flores eran las más ricas y más apreciadas de todas; su perseverancia, la más original, y Hedwig quedó deslumbrada por la vitalidad y la fuerza que Fritz Mandl supo desplegar a su alrededor.

Todo pareció fácil y agradable en un principio para la pareja; frecuentaban los mejores lugares de Viena; Mandl le hacía regalos fabulosos y ella se sentía halaga de todo aquel exceso de atenciones.

Fritz la quería y se atormentaba al pensar en «Extasis». Una noche, cuando Fritz la acompañaba a su casa después de haber asistido juntos a una fiesta, se decidió a hablar.

—Hedwig —le dijo—. ¿Quieres ser mi esposa?

—Sí, Fritz; lo deseo sinceramente.

—Haré construir para ti la mejor vivienda de Viena.

Hedwig parecía feliz y contenta del giro que habían tomado los acontecimientos, pero creyó ver en el tono de él un algo de amargura; por eso se acercó hacia Fritz cariñosa y le preguntó con dulzura:

—Fritz, ¿esta unión nuestra, no te hace feliz?

—Sí, querida; pero hay algo que quisiera olvidar y no me es posible.

Hedwig creía haber adivinado y trató de ser sincera y leal:

—¿Se trata de «Extasis», querido?

—Sí, quisiera que no existiese esa película; es una pesadilla que me impide ser totalmente feliz.

—Yo también lo siento de veras, Fritz, y desearía borrar esta estampa de mi vida sólo por tu amor. No pienses en ello, para que yo no me sienta avergonzada ante ti.

—He tratado de no pensar, Hedwig, y no puedo. Es una obsesión que me persigue continuamente; pero esto voy a solucionarlo, verás.

Y así fué. Fritz Mandl se casó con ella, la llevó a vivir a una mansión de ensueño en las afueras de Viena y se gastó increíbles fortunas en la compra de las copias de «Extasis», con el fin de que la película dejara de circular y su esposa no fuera más contemplada desnuda en las pantallas del mundo.

Hedwig se había casado deslumbrada, pero era una mujer joven y el cine le había enseñado a vivir; quería más libertad, y Mandl no lo comprendía así. Para él, Hedwig era un lujo más, una mujer hermosa que le pertenecía y que tenía encerrada en su palacio como otro objeto de vitrina. A Hedwig su juventud le exigía otra vida y ante la imposibilidad de dar un paso sin el consentimiento de su esposo, se alteraba y no era dueña de sus nervios. Fritz lo advirtió y quiso saber qué sucedía.

—Te noto nerviosa, Hedwig, y no quiero que nada altere la perfección de tu rostro. Dime qué te sucede.

—Estoy aburrida, Fritz. Me siento cansada de esta vida intrascendente y controlada que llevo a tu lado.

—Sabes que te quiero, Hedwig, y deseo convertir

en realidad tu más pequeño capricho. ¿No estás contenta?

—No, Fritz. Y perdona que te diga que empiezo a dudar de tu amor. Quiero ser para ti algo más que un objeto de lujo del que se presume ante los amigos. Tengo derecho a vivir.

—Y bien... ¿Qué me pides?

—Libertad, querido. Concédeme la posibilidad de expresarme, de ser yo misma.

—¿Te molesta ser la mujer de Fritz Mandl, el hombre de los millones?

—No es eso, Fritz; pero quiero ser algo más que la mujer del millonario Mandl. Me siento como una propiedad más tuya.

—¿Tú me quieres, Hedwig?

La voz de Mandl se había hecho íntima y parecía advertir en su tono un deje de amargura apenas disimulado.

—Sí, Fritz; te quiero. Admiro en ti tu poderosa personalidad y tu gran facilidad de autodeterminación. Quiero en ti tu fuerza y tu vitalidad. Tu dominio de la situación y tu voluntad. Yo te quiero por todo esto, Fritz, y quisiera que nuestro matrimonio no fuera un fracaso; para seguir queriéndote necesito que creas en mí, no sólo en mi belleza. Deseo tener libertad y que tú tengas el convencimiento de que no haré mal uso de ella; no estoy dispuesta a soportar por más tiempo esta vida de exquisito aburrimiento por el hecho de mi amor hacia ti. Preciso para quererte no sólo ser la mujer del multimillonario Mandl, sino también Hedwig Kiesler.

—Si la libertad consiste en dejar de pertenecer-

me para acudir a unos Estudios donde todos puedan jugar con nuestro amor, no te la concederé nunca, Hedwig. Tú me perteneces por entero y me niego rotundamente a compartirla con las cámaras. No quiero que los directores, productores y maquinadores tengan que estudiar tus ojos, tu boca o tu nariz para convertirlos en un primer plano. Eres única y exclusivamente mi mujer. Créeme, querida, sentiría de veras que no interpretases bien mis palabras llenas de buena voluntad.

Pero Hedwig no podía dar a aquella conversación otra interpretación que la que su propia juventud le exigía. Empezó a tramar la manera de escapar a aquel destino encerrado dentro de una jaula dorada contra el que se rebelaban sus pocos años y sus deseos de vivir. Su plan fué premeditado con todo detalle y su fuga constituyó otro escándalo periodístico.

Hedwig se había puesto de acuerdo con Erika, su fiel camarera. Con su ayuda voló hacia París. En su equipaje llevaba abrigos de pieles, joyeros repletos, prendas de ensueño y vestidos de multimillonaria.

Mandl quería evitar el escándalo a todo trance y salió en busca de su mujer rápidamente. Ella consiguió despistarle y de París pasó a Londres.

Londres, la ciudad seria y respetable, no era la más apropiada para una mujer en fuga de su esposo, y sin embargo, Londres guardaba para la esposa liberada una sorpresa: la presencia de Luis B. Mayer, a quien Hedwig solicitó una entrevista.

Mayer se entusiasmó en la contemplación de aquella europea que traía consigo toda una aureola

de propaganda ya hecha. La contrató para la Metro y salieron en el primer barco hacia Estados Unidos.

Hedwig dejaba atrás Europa, su vida de millonaria encadenada en un palacio de cuento y un marido legendario; pero no estaba satisfecha de su triunfo; camino de Hollywood, adonde había soñado arribar cuando era niña y paseaba por las calles de Viena, Hedwig llevaba los ojos húmedos. Su fuga había sido un éxito que había pagado a buen precio: en Viena, la ciudad en la que forjara tantos castillos en el aire, la ciudad por la que discurría melancólico y lleno de secretos el romántico Danubio, quedaba su madre, y Hedwig, al recordar a la mujer que tanto la quería, no podía evitar un llanto de renunciación.

Era el año 1937 cuando llegó a Hollywood. Las penalidades no acabaron allí para la mujer que sacrificaba todo a la Mesa del Cine. Al llegar, se encontró rodeada de un clima desfavorable que había sido creado en torno suyo por la publicidad que alcanzó «Extasis». La Metro temía las críticas de grupos puritanos y decidieron no utilizarla por el momento. Hedwig se sentía confundida al enfrentarse de nuevo ante el problema que en Europa ya había sido cancelado; trató de defenderse e hizo unas declaraciones a la prensa en las que intentaba aclarar aquella etapa de su vida artística.

—Cuando me propusieron la interpretación del papel principal femenino de «Extasis», la sola perspectiva de llegar a estrella me puso tan nerviosa, tan en expectativa, que firmé el contrato

sin leerlo. Creía que en los contratos sólo se establecía el sueldo y me parecía una buena suma, así es que puse mi nombre y agregué una rúbrica que traté que fuera bonita y me despreocupé de lo demás. Semanas más tarde, mientras filmábamos exteriores, el director me dijo: «Ahora tomaremos los desnudos.» Protesté, pero se me daba una alternativa muy simple: «Usted firmó un compromiso para animar esta película; o lo cumple o deberá pagar lo que han costado las escenas filmadas hasta ahora. Es la ley.» Para mi mentalidad de adolescente esto era la ruina; sin embargo, capitulé cuando me prometieron tomar las escenas a larga distancia. Roja de vergüenza me desvestí, e incluso me tranquilicé bastante al ver que ponían la cámara a unos cincuenta metros de distancia. Dos meses más tarde se realizó el estreno. Yo estaba sentada junto al director y suponía que ni se notaría la falta de ropas sobre mi cuerpo en aquella famosa escena. Pero mi sorpresa fué notable cuando al llegar ese pasaje me vi en la pantalla con el cuerpo desnudo exhibido en primeros planos. Entonces comprendí que habían fotografiado de lejos, pero con teleobjetivos, que cumplen en la cámara la función de largavistas y aproximan las imágenes más distantes al objetivo. Me levanté humillada y fui a casa a llorar toda la noche.

A pesar de la explicación, la Metro continuaba sin llamarla y Hedwig languidecía en espera de su oportunidad. Vivía en una casita de campo de las afueras con su camarera, y en un principio llevó una vida tranquila y apartada. Después, co-

mo la espera se prolongaba sin un límite aparente, inició su acercamiento a la gente de cine y empezó a conocer distintas personalidades, entre ellas a Reginal Gardiner, que quedó prendado de ella.

Del brazo de Gardiner frecuentaba fiestas y seguía en su espera, que ya se hacía impaciente. Los Estudios continuaban inmutables y Hedwig pensó en regresar a Europa ante la imposibilidad de filmar en Hollywood. Estaba desolada y nerviosa.

Una noche, cuando apenas habían transcurrido tres días desde que decidiera emprender viaje a Viena, Gardiner la fué a buscar para llevarla a una fiesta. Hedwig se negaba como una chiquilla.

—Ven, Hedwig. Es una fiesta importante y puedes encontrar en ella tu oportunidad.

—No, Reginal; para mí no hay nada importante aquí. Hollywood no me quiere y estoy cansada de esperar. Me trae sin cuidado la gente que vaya a la fiesta. He decidido regresar a Europa.

—No es eso lo que debes de hacer. Has estado esperando y no puedes perder el ánimo ahora. Si tu felicidad consiste en filmar películas yo lo con-

seguiré, pero tienes que ayudarme. Deseo tu triunfo y Europa no te dará el éxito; es aquí donde lo alcanzarás. No retrocedas cuando ya tienes un camino trazado. Sé consecuente, Hedwig.

Ella lloraba quedamente. Reginal le levantó la barbilla y la miró con ternura.

—Reginal, yo te agradezco ese interés que te tomas por mí, pero ya no puedo más.

El hombre se sentó junto a ella y le acarició el cabello como si se tratara de una niña pequeña a la que se desea convencer.

—Sí, pequeña; tienes que esforzarte y seguir adelante; ahora más que nunca. Anda, ve a arreglarte; quiero que esta noche estés más guapa que todas las demás mujeres, y quiero que todos los hombres te miren con admiración.

Poco después entraba Hedwig en un fastuoso salón lleno de luces y flores. Miró a su alrededor sin entusiasmo; estaba fatigada de ver siempre las mismas caras de sonrisas fingidas. Todos ellos se movían por un impulso venido de fuera; aquella era la gente de cine que había triunfado; ella era sólo una intrusa que luchaba por encontrar su puesto. Pero aquella gente no olvidaba fácilmente que la austriaca había filmado una película escandalosa; era implacable y dura, y Hedwig de pronto quiso huir, marchar lejos de todo aquello que no era más que un continuar sonriente ante una cámara invisible que bien podía estar oculta en cualquier ángulo del salón. Echó a andar con decisión, pero se detuvo al oír a su espalda un agradable acento francés. Hablaban cerca de ella y volvió su rostro hacia los hombres que ha-

cian comentarios acerca de un guión. Hedwig pidió a Gardiner que se los presentara. Eran Charles Boyer y Walter Wanger.

Cuando le presentaron al astro francés, Hedwig le tendió su mano, que él besó con elegancia. Charles Boyer la contempló en silencio y se dirigió a Wanger:

—Esta es la Gaby que buscamos para «Argel».

Walter Wanger la examinó inquisitivamente y murmuró:

—Tal vez. ¿Quiere pasar mañana por los Estudios? Haremos unas pruebas.

Hedwig no quería dar crédito a lo que oía. Al día siguiente fué a los Estudios y la sometieron a las pruebas. El productor Wanger quedó satisfecho de los resultados, y decidió solicitarla en préstamo a la Metro.

Por fin empezó el rodaje de «Argel», en la que Hedwig aparecía junto al gran actor Charles Boyer. Su sacrificio había encontrado una justificación cuando ya desesperaba.

Meses más tarde se estrenó «Argel» y obtuvo un gran éxito. Era el camino de la gloria para la estrella. Su interpretación de Gaby fué comentada y Hollywood vió en la estrella, ya convertida en Hedy Lamarr, a la heredera de Jean Harlow y la continuadora de Marlene Dietrich, que iniciaba ya su declive. Hedy Lamarr poseía una belleza sugestiva; un «sex-appeal» muy europeo y un poderoso encanto que irradiaba de toda ella; de sus maneras y de su aspecto. La Metro comenzó a trabajar con Hedy y la convirtió en una de las grandes luminarias de Hollywood. Las películas y

el éxito se sucedían a velocidad de vértigo y Hedy Lamarr conocía los momentos estelares más sugestivos de su carrera.

Se trasladó de su pequeña casita de campo a una espaciosa mansión. Vivía para el séptimo arte; sus ilusiones estaban cifradas en los Estudios. Hedy Lamarr, en aquel Hollywood que tanto le había hecho sufrir, permanecía callada para todo lo que no fuera su trabajo. Se había envuelto en una atmósfera de misterio y mutismo que impedía a todo trance la arribada hasta ella de los periodistas.

Hedy era ahora admirada en todas las salas de proyección de América y Europa. Su carrera sensacional se comentaba con extrañeza. Ya no era la Hedwig de «Extasis»; era una actriz que trabajaba junto a los mejores actores de la ciudad del cine.

La Metro, después del triunfo de «Argel», filmó con ella «Fruto dorado», en la que Hedy Lamarr compartía el estrellato con actores de la talla de Clark Gable y Spencer Tracy.

Después filmó «Esta mujer es mía», también con Spencer Tracy, uno de los actores más cotizados y de mayor prestigio en Hollywood. Es curioso que este actor, que fué con el que más películas rodó, no apareciera casi nunca en planos en que la pareja estuviese de cuerpo entero, pues la estatura de Hedy es de un metro setenta.

Con James Stewart, otro de los grandes, filmó «En este mundo traidor».

Junto a Robert Taylor trabajó en «Flor del trópico»; película que no llegó a estrenarse en España.

Después fué «Camarada X» con Clark Gable, de-

liciosa comedia y tal vez una de las mejores interpretaciones de Hedy Lamarr.

Por último, para la Metro también, «La vida es así», de nuevo con Spencer Tracy.

Hedy era feliz y olvidaba que junto a ella una sombra acechaba sus más mínimos movimientos: su belleza, peligrosa e incontrolable, jugaba con su personalidad y su arte con frivolidad irresponsable. Hedy no advertía a esa gran enemiga y seguía el juego sin defenderse. Ya no recordaba a Fritz Mandi; se había separado de él y todo aquello pertenecía a la época en que estuvo prisionera. Hedy, sin embargo, creía en el amor y necesitaba encontrar un eco sincero a todos los devaneos y flirts que emprendiera en Hollywood. Sólo necesitaba para sentirse totalmente feliz un hombre al que no sedujera únicamente su belleza.

Cierta noche, Hedy, más bella y sugestiva que nunca, con esa seguridad que da sentirse admirada, llegó invitada a casa de Ronald Colman. El célebre actor había organizado una fiesta y Hedy asistía para dar esplendor y grandeza.

Ronald Colman había también invitado a un inglés, John Loder. John quedó embrujado nada más ver aparecer a Hedy. Todo fué sencillo y bonito; se acercó a la estrella y le dijo:

—Encantado de conocerla.

Hedy le sonrió y sus miradas se cruzaron fugazmente. A ella le agradó el estilo del hombre, que también pertenecía al viejo continente de Europa. John Loder tenía las maneras gentiles de todo caballero inglés. El no podía apartar su mirada de la estrella.

—¿No le gustaría ver la terraza? Aquí hace calor y la atmósfera es agobiante.

—Creo que tiene razón. Salgamos.

Afuera, con las luces de la ciudad brillando abajo y una gran luna que asomaba por encima de los edificios como si fuesen un disco de plata entre cipreses, Hedy esperó lo inevitable; una escena como otras muchas que se sucedían todos los días en Hollywood entre un hombre y una mujer. Creía que de un momento a otro el hombre la estrecharía entre sus brazos y la besaría, pero John Loder la sorprendió al romper el silencio con una frase en la que nada tenía que ver el pensamiento a que ella estaba encadenada en aquel momento.

—El encanto de esta ciudad de nuestro siglo sólo puede verse de noche en una terraza. Hollywood ha sido construido para ser admirado desde arriba, nunca desde el mismo plano. Aquí todo se ha convertido en cine; uno cree estar siempre delante de un foco.

Loder la miró y en su semblante se dibujó por vez primera para ella una sonrisa enigmática. Hedy había esperado en vano la escena estereotipada. John permanecía correcto y comedido.

—¿Admira usted Hollywood? —preguntó Hedy.

—Yo sólo soy capaz de sentir admiración por los seres humanos.

—¿Se refiere a la gente del cine?

Hedy trataba de llegar al fondo de la corrección de aquel hombre, estaba interesada en ello.

—No. Me refiero a lo que existe de sincero en una persona, pertenezca o no al mundo del cine. Y creo que acabo de conocer a una maravillosa

mujer a la que no me cansaría jamás de contemplar.

—¿Qué le interesa de mí?

—Algo que todavía no conozco; quisiera saber qué es lo que esconde detrás de su atrayente belleza —contestó Loder con sencillez.

A Hedy le parecía ver en aquel hombre algo que no había encontrado en los demás y tenía interés en que a Loder se le ocurriese continuar en la busca de su persona. Ella se sabía más que bonita, perfecta, y creía que esto era lo único que les interesaba a los hombres que había tratado. Ahora que Loder había hablado con sinceridad, Hedy anhelaba que él no terminara allí su conversación; quería demostrarle que en ella existía también un mundo interior con inquietudes y esperanzas, hasta con ilusión. Era la primera vez que se le ofrecía la ocasión de hacerlo, nadie hasta ahora se había preocupado de averiguarlo.

Todavía no había amanecido. Estaban en la oscuridad y sólo la luminosidad de la luna les permitía que pudieran mirarse mutuamente. Hedy recordó su Viena y por un momento se sintió trasladada a ella; hasta ellos llegaba débilmente el sonido de una lenta melodía que dentro interpretaba un hombre de color en una trompeta, debía de ser un «blue»; venía hasta la pareja mezclada con el susurro del agua del estaque. La presencia de Loder había tenido la virtud de evocar en la imaginación de Hedy la Vieja Europa.

—¿Ha estado usted en Viena? —preguntó Hedy muy bajito.

—Sí, Hedy, pero creo que perdí los días que pasé

allí ya que no fui capaz de encontrarla. Tendré que procurar no volver a cometer la misma equivocación.

—Esto no es Viena —dijo Hedy con nostalgia.

—Para nosotros lo será, Hedy. Desearía que de nuestro encuentro surgiese lo mejor para los dos ¿Me permitirá volver a verla?

Hedy era cuanto deseaba oír y asintió graciosamente con la cabeza. Se sentía emocionada como nunca lo estuviera.

* * *

Volvieron a verse y se inició el romance. Eran felices juntos y fué por esto que decidieron unirse para siempre. Se casaron y su vida discurría feliz y tranquila. Loder era el hombre capaz de comprender siempre y en cada momento lo que Hedy quería. La estrella veía en su marido a un ser superior en quien descansar. Tuvieron dos hijos y todo parecía perfecto en aquel hogar.

Bruscamente aquel idilio que tenía asombrado a Hollywood por todo lo que de sinceridad dejaba entrever, comenzó a desmoronarse. Las primeras desavenencias coincidieron, sugestivamente, con el

comienzo de la declinación de la carrera de ambos. En un principio se creyó que todavía podría salvarse lo único verdadero que existía entre los dos: su cariño y comprensión; pero Hollywood los tenía encadenados con fuerza y Hedy y John, que por unos años habían sido considerados entre los primeros, se veían postergados por otros nuevos valores. Ni Hedy ni Loder estaban preparados para este descenso; confiaban en seguir en su trabajo y Hollywood decidía prescindir de ellos. Este fué el motivo que causó la separación del matrimonio. No supieron aislar su vida íntima de la que tenían que fingir en los Estudios y sobrevino el divorcio tiempo después, sin que ninguno de los dos fuese capaz de evitarlo.

Hedy no conseguía sobreponerse a este fracaso y la crisis se desencadenó. Empezó para ella una vida intensa y desordenada con la que la estrella pretendía aletargarse de su sufrimiento. Frecuentaba clubs, centros nocturnos y todos los lugares de diversión de Hollywood. Siempre iba acompañada de distintos hombres y ella misma parecía haberse convertido en otra mujer diferente. Su carrera no mejoraba y Hedy no tenía fuerzas para elevar su moral. Era una caída sin remedio que ella intuía, y sin embargo no hacía nada por detener. La pendiente era casi vertical.

Para Hedy, hasta que se separó de Loder, todo en su vida había sido excitante pero agradable; siempre al final de sus preocupaciones y problemas había encontrado un puerto seguro, una meta feliz; ya fueran problemas artísticos o personales. Ahora todo parecía ponerse en el lado contrario;

las cosas acababan mal para ella y los días se sucedían implacables y llenos de desolación.

En el ambiente de salas de fiesta y cabarets que frecuentaba, conoció a su tercer marido. Un propietario de cabarets que cooperó a desatar los nervios de la actriz. Hedy era presa de reacciones histéricas a destiempo y no era dueña de sí misma. Aquel hombre no se daba cuenta del momento que atravesaba su esposa; era brutal y falto de tacto; llegó incluso a golpearla dejando su rostro desfigurado.

Hedy, que había sido durante varios años la esposa de John Loder, hombre de gran sensibilidad y corrección, sintió la humillación de este acto de su tercer marido y acudió a los tribunales. Solicitaba el divorcio y exhibía un ojo amoratado.

—Mi marido me castiga brutalmente —dijo.

* * *

Este era el final triste y humillante para la mujer que fuera llamada reina de la belleza y que había triunfado por ser portadora de ella. Se le concedió el divorcio, pero su situación artística no mejoró con esto. Ya no se la solicitaba en los

Estudios y su contrato con la Metro no había sido renovado. Hedy sufría lo indecible.

Un día, la mandó llamar Cecil B. De Mille y la estrella olvidada cobró de nuevo esperanzas. Todavía poseía plenamente sus facultades estéticas. Es aún una mujer joven. Parecía que de nuevo la suerte de otras épocas llamase a sus puertas.

Cecil B. De Mille la solicitaba para interpretar el papel de Dalila en la película que preparaba; su pareja sería Víctor Mature y se hablaba de que iba a ser un film monumental por su fastuosidad y riqueza de presentación. «Sansón y Dalila» fué para Hedy Lamarr la vuelta a la popularidad. Fué un gran éxito y la estrella se vió en la pantalla con toda la plenitud de su belleza. Aquel éxito le permitió dar nuevo impulso a su carrera. Consiguió interesar a productores independientes y fué solicitada para hacer algunos rodajes de menor importancia. Sin embargo, no pasaron de pequeñas experiencias de las que no obtuvo el resultado que deseara. Sus nervios sufrieron un nuevo desequilibrio y Hedy se sintió otra vez desfallecer.

Pero todavía su belleza, que tan mal consejera había sido en determinados momentos para Hedy, fué en esta ocasión un factor positivo y consiguió por ella interesar a un grupo independiente que planeaba el rodaje de una interesante película: «Fémina». En este film se solicitó la cooperación de Hedy.

—Tiene usted que encarnar a Helena de Troya, a Josefina Bonaparte y a Genoveva de Brabante, a través de tres episodios con los que se intenta demostrar la tesis de que una misma mujer puede

parecer distinta a tres hombres diferentes. ¿Comprende? —preguntó el director Edgar Ulmer.

—Creo entender lo que dice, y estoy dispuesta a empezar cuando quieran.

—Entonces tendrá que trasladarse con nosotros a Europa. La película se filmará en Roma.

Cuando Hedy fué a hablar con su psiquiatra para comunicarle que se marchaba a Italia, el doctor no quiso hacerse responsable de este viaje; consideraba que su paciente no estaba en condiciones de filmar. Hedy estaba ilusionada con el papel de «Fémina» y después de mucho discutir se decidió que el doctor acompañase a la estrella en su viaje.

* * *

Poco después de su arribo a Roma, Hedy concedió una primera entrevista a la prensa, a la que hizo esperar cuarenta y cinco minutos.

—Siento haberme demorado, pero he estado hablando por teléfono con los Estados Unidos.

Las preguntas se sucedían con rapidez:

—¿Se considera más actriz que guapa?

—¿Piensa volver a trabajar con la Metro?

—¿A qué obedece que usted haya perdido su

puesto a la edad en que otras estrellas como Ingrid Bergman, Ana Magnani, comienzan a escalar la verdadera cúspide del arte dramático?

—¿Es cierto que sólo tiene treinta y cuatro años?

—¿Le gusta el papel que interpretará en «Fémina»?

—¿Qué opina del cine europeo?

—¿Ha encontrado en Hollywood la felicidad?

—¿Quién era más importante en las películas que ha interpretado para la Metro, Hedy Lamarr o su oponente?

—¿Cómo es el tipo de hombre que usted prefiere?

—¿Qué director ha conseguido sacar mayor partido a sus posibilidades artísticas?

—¿Es usted una escéptica de Hollywood?

—¿Cree todavía en el amor?

Hedy había contestado con naturalidad, pero en un momento determinado, cuando se esperaba que respondiese a una pregunta que quedaba en el aire, la estrella permaneció callada, ausente de la escena en que era la protagonista única; miró a su alrededor como si viese a los periodistas por primera vez; lo hizo lentamente, sin que sus ojos intentaran asomarse demasiado a su rostro, y por último hizo un movimiento, abrió su cartera y sacó algo de su interior con ilusión infantil; era una cajita de cartón verde y blanco, muy pequeña, que contenía goma de mascar; lo exhibió con un gesto de triunfo y dijo a los periodistas:

—Ustedes no deben de conocer esto en Europa.

Siguió un silencio violento. Los de la prensa pensaban que debía ser cierto que la famosa es-

trella estaba desequilibrada y se sospechaba de si el hombre que acompañaba a la actriz sería realmente un psiquiatra a sueldo. No sólo había sido aquel retraso de tres cuartos de hora, ni esta distracción de persona ausente, sino que todo en ella reflejaba cansancio, depresión y nerviosismo.

Cuando Hedy se retiró, los periodistas interrogaron a Edgar Ulmer, el descubridor de Hedy para su película:

—¿Es verdad que el acompañante de Hedy Lamarr es su psiquiatra personal?

Ulmer se vió en un aprieto y contestó lacónicamente:

—El doctor es un buen amigo de Hedy.

Ulmer no había negado rotundamente y el rumor se extendió hasta tal punto que, días más tarde, la misma actriz confirmaba en los Estudios la noticia:

—Efectivamente, es un psiquiatra que tengo contratado y que ha creído oportuno seguir de cerca mi tratamiento.

Después de filmar «Fémina», Hedy se encontró de nuevo ante la incógnita del camino a seguir. Una idea pareció tomar forma en su pensamiento y decidió encaminar sus pasos hacia otra faceta del cine. Hedy Lamarr piensa no actuar más ante las cámaras y convertirse en productora. En el plan a seguir para conseguir su propósito le parecía más apropiada Europa que Estados Unidos; la Costa Azul sería el mejor lugar para encontrar algún capitalista que se interesase por su proyecto.

Hedy Lamarr quiere ser productora y no tiene capital para ello. Hedy se ha visto no sólo olvi-

dada sino también falta de dinero. Esto le ha sorprendido como algo imprevisto con lo que no se cuenta. Está acostumbrada a tener la fortuna rendida ante ella; jamás tuvo que dar un paso para salir a su encuentro. En Cannes, a orillas del Mediterráneo, recordaba con nostalgia su época de éxito: un sólo capricho suyo encontraba realidad en veinte fortunas rendidas. Y ahora estaba en la Costa Azul sola y desconcertada, sin saber a ciencia cierta si conseguiría realizar sus propósitos. La suerte había girado y ya no estaba junto a ella. Todo parecía un sueño desde la perspectiva del Mediterráneo; no era capaz de descifrar hasta qué punto aquella Costa Azul, de edificios viejos y llenos de parches, de casinos de otras épocas, con recuerdos de siglos en su interior, tenía algo que ver con ella. ¿Acaso Hedy pertenece a Europa todavía? ¿Qué era verdad en su vida: su Viena a orillas del Danubio, la Viena de otro siglo en que pasó su infancia y en que soñó despierta, o aquel Hollywood tan lejano y tan nuevo, con focos por todos los rincones, casas de papel y montañas de dólares? El Hollywood en que vivió veinte años de su vida; los años más intensos de su juventud; los años en que hizo realidad sus sueños y donde conoció el ocaso de su carrera. Veinte años de vivir inquietudes, desalientos, emociones y excitantes aventuras habían dejado su rastro en ella.

Hedy Lamarr está desconcertada y se esfuerza por solucionar su vida. Desea la serenidad, la desea con toda la fuerza de que es capaz, y tiene miedo de fracasar de nuevo. Ignoraba que la vida

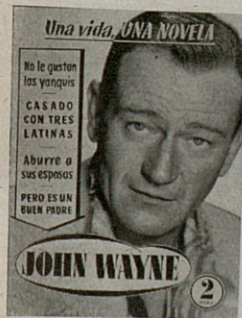
era también abandono y falta de dinero; ya no queda nada de todas las atenciones y mimos que recibiera y anda por la vida sin otro apoyo que el de un psiquiatra. Hedy tiene miedo, un miedo a lo desconocido, a hundirse definitivamente; a perder para siempre la serenidad y el equilibrio. La vida que se le presenta a la que fué reina de la belleza de dos continentes es ahora amarga y despiadada. Su mismo temor hace que el dominio de sus nervios se desate en crisis frecuentes.

Hedy Lamarr ya no soñará más; para ella ha llegado la hora de separar lo real de lo imaginario; su vida cotidiana llena de las exigencias y contradicciones de las cámaras en que ella creía; de aquel Hollywood que consideraba sólido y consecuente. Ahora tiene que trazar un programa y recorrerlo con serenidad; de ello depende el que se encuentre a sí misma.



AN A LA VENTA!

ERROL FLYNN.—La vida de un muchacho que no supo conformarse con la existencia plácida que su posición familiar le ofrecía. Por propia voluntad fué vagabundo, ayudante de cocinero, soldado, marinero, pescador de perlas, y otros mil oficios hasta llegar a ser escritor y astro de la pantalla. Su espíritu independiente le ha impedido hallar la felicidad al lado de una esposa, incapaz de sujetarse a vínculos permanentes.



MARLON BRANDO.—Este actor tan distinto a cuantos hasta ahora hemos conocido, ha buscado durante años un amor que tal vez no existe. En las páginas de su biografía encontrará usted a Shelley Winters, a Movita, a Josiane... mujeres que le amaron y que él creyó amar. Sus excentricidades le han hecho famoso en el mundo del cine, mientras su arte incomparable le ha colocado a la vanguardia de los grandes artistas.

JOHN WAYNE.—El actor más «taquillero» de América fué en su juventud tímido con las mujeres. Ahora se le considera uno de los hombres que pagan más crecidas cantidades en concepto de pensiones a sus ex-esposas. Una interesante biografía llena de acción y romanticismo.



¡DE PROXIMA APARICION!

GARY COOPER

Giselle Pascal y Patricia Neal juegan un importante papel en la vida de Gary. No obstante es Rocky, la esposa, quien triunfa en el corazón de este hombre bueno y simpático. Una interesante biografía en la que se describe su ascenso de fracasado caricaturista a primera figura de la pantalla.



MARILYN MONROE

Una fotografía aparecida en un calendario escandalizó a América. Esta fue la primera vez que la gente se ocupó de Marilyn Monroe, la estrella más discutida de estos años. Dos matrimonios y dos divorcios jalonan hasta ahora la vida de esta mujer de extraordinario atractivo.



ELIZABETH TAYLOR

La muchacha de grandes ojos y dulce mirada, mimada por la fortuna desde sus primeros pasos en el cine, ha aprendido con Mike Wilding lo que significa ser una esposa. La apasionante historia de una niña que ha crecido ante las cámaras y que cometió el error de contraer matrimonio antes de ser mujer.



MONTGOMERY CLIFT

Uno de los pocos actores jóvenes que saben imprimir carácter a sus personajes. Su personalidad misteriosa le será revelada con todo detalle en esta amena biografía, como una ventana abierta sobre la vida del protagonista de «Un lugar en el sol», «Estación Termini», «Yo confieso», y tantas otras películas de indiscutible calidad.

